



El nuevo independentismo emocionalmente inteligente

Eudald Espluga

Defenderé que para entender el actual movimiento soberanista catalán hemos de considerar que el tipo de independentismo hegemónico en Cataluña no es el mismo discurso nacionalista que pudiera encontrarse antes de 2012. Propongo una descripción de las características básicas de este tipo de independentismo —que llamaré «independentismo emocionalmente inteligente»—, que sólo podrá apreciarse como novedad en la medida que lo contraponamos a versiones previas de nacionalismo catalán. Por ello se torna necesario elaborar una pequeña cronología con algunos momentos claves del Estado autonómico, escogidos no con espíritu historicista de exhaustividad, sino como fechas simbólicas que nos permitan ir deslindando diferentes formulaciones y significados del independentismo en relación a la proyección histórica de la nación catalana. Por último, abordaré una propuesta teórica que impugne parcialmente el modelo de independentismo emocionalmente inteligente desde la perspectiva del nacionalismo liberal.

Independentismo emocionalmente inteligente (IEI)

En el contexto de lo que Foucault llama gobernabilidad neoliberal, esto es, el gobierno como arte de conducir conductas que asume un modelo de ciudadano como empresario de sí mismo, definimos el independentismo emocionalmente inteligente (IEI) como una narrativa del yo capaz de armonizar los intereses

individuales y colectivos a través de una identidad política basada en el reclamo desapasionado de la independencia, entendida ésta como instrumento para consumir un ideal de normalidad democrática.



Hablamos de «narrativa del yo» en la medida que la pertenencia nacional se establece a modo de lazo individual y privativo. Por sentimiento patriótico no se entiende, pues, el tipo de participación fraternal en un proceso colectivo cuya autoría es compartida, como podrían reclamar quienes sostienen que la nación es una colección de individuos unidos por una voluntad expresa y renovada de vivir juntos. Por el contrario, la relación individuo-nación se reduce al acto consumista: estamos en el terreno del capitalismo emocional. John y Jean Comaroff llaman a esta reinterpretación del lazo de pertenencia «nacionalismo de consumo», una proyección del sujeto emprendedor del neoliberalismo sobre el plano de la existencia colectiva: la subjetividad colectiva se objetiva para el mercado, transformando la diferencia cultural en mercancía, hasta el punto que la identidad nacional deviene una marca comercial que puede ser compartida por la ciudadanía a través de la identificación emocional.

Ser independentista significa, entonces, identificarse emocionalmente con Catalunya®. A diferencia del nacionalismo tradicional, entendido como un tribalismo excluyente basado en el mito de pertenencia ancestral, nos encontramos ante el tipo de identificación contingente, débil y mudable que propone Michael Maffesoli al hablar de neotribalismo. Además, el IEI no asume la independencia como un bien intrínseco e innegociable; al contrario, muchos de sus defensores consideran que la independencia es un mero instrumento que desecharían en caso de encontrar una vía alternativa para alcanzar su florecimiento personal.

Así las cosas, tildamos este independentismo de «emocionalmente inteligente» porque lejos de ser una adscripción identitaria basada en motivos irracionales como la tradición, el amor por la tierra o la aspiración primordialista, se trata de una estrategia racional que calibra perfectamente el componente emocional

—necesario para responder al problema de la motivación política en las democracias liberales— con un proyecto político dirigido a un ideal aspiracional de normalidad democrática —ideal que variará según la ideología de cada individuo. Si en la esfera laboral la «inteligencia emocional» se ha convertido en la correa de transmisión que lleva los afectos al lugar de trabajo para implicar integralmente al sujeto en el desempeño de su labor, en el caso del nacionalismo la inteligencia emocional termina haciendo depender el florecimiento personal del sujeto de la realización del proyecto político.



Una vez definido el IEI, debemos evitar confundirlo con la reivindicación sobre el *dret a decidir*. Sobre el papel, el *dret a decidir* es la reclamación de soberanía plena por parte de la ciudadanía. No se trata del viejo derecho a la autodeterminación, sino de una reclamación transversal que reclama por igual poder celebrar un referéndum independentista como decidir acerca de las políticas de rescate bancario con fondos públicos.

Tampoco debemos pensar que el IEI es una versión del viejo catalanismo, ahora exacerbada por la crisis y el adoctrinamiento de la maquiavélica administración Pujol-Mas-Junqueras. En contra la metáfora continuista del "punto de no retorno" al que habrían llegado las relaciones España-Cataluña, tan reiterada en los medios de comunicación, entendemos que el IEI supone una novedad ideológica en la medida que rompe con el catalanismo/pujolismo: no hay esencialismo étnico (colectivos como Súmate o Altres Andalusos lo demuestran), se abandona la vía pactista hacia un proyecto plurinacional y se neutraliza el remanente de personalismo humanista que había en su interpretación de la comunidad nacional. Asimismo, el IEI está lejos del independentismo de raíz comunista que entendía que no podía haber libertad nacional sin justicia social. Es cierto que partidos como ICV o la Candidatura d'Unitat Popular (CUP) recogen el testimonio del PSUC; sin embargo, y a diferencia del IEI, para ellos la independencia de Cataluña es una finalidad en sí misma. Además, su reivindicación nacional está conectada a un proyecto

igualitarista que reniega del modelo de gobernabilidad neoliberal que le sirve de marco al IEI.



Momentos clave del estado autonómico

Presentaré cinco momentos relevantes de la historia del Estado autonómico que me permitirán elaborar un pequeño mapa de los actores relevantes en el espectro ideológico del nacionalismo catalán.

1980, *Jordi Pujol se convierte en president de Catalunya*. La dilatada presidencia de Pujol dará fuerzas al catalanismo, en concreto a una versión posibilista y pactista que, consecuentemente, dará en llamarse «pujolisme». El catalanismo hegemónico que se consolida durante muchas décadas es una forma de nacionalismo próxima al esencialismo étnico más burdo, aunque aparece siempre desligado de toda reivindicación territorial.

1987, *Disolución PSUC*. El PSUC, más incluso que ERC, había defendido un catalanismo de raigambre socialista favorable a la independencia que, sin embargo, fue eclipsado durante muchos años por el pujolisme. La disolución del PSUC dejará espacio político tanto a ICV como a la CUP, que recogerán el testimonio de un catalanismo que no entiende que pueda haber libertad nacional sin justicia social.

1996, *Fin de la anorexia patriótica*. José María Aznar se convierte en presidente del Gobierno y con él se termina lo que José Ignacio Wert llamaba «anorexia patriótica». Los dos mandatos del PP revitalizarán el nacionalismo español, tratando de vertebrar la España típicamente invertebrada.

2006, *Estatut d'autonomia y tijeretazo del Tribunal Constitucional*. Los recortes que el TC propina al nuevo Estatut movilizan multitud de catalanes que cada vez se sienten más cercanos a posiciones independentistas. ERC ejemplifica claramente este giro.

2012, *Pacto fiscal*. El desacuerdo entre la Generalitat y la administración central sobre el concierto económico termina con una multitudinaria manifestación el 11 de setiembre. Será el pistoletazo de salida a un proceso independentista de gran calado social que terminará con la declaración de soberanía por parte del gobierno de la Generalitat, la celebración de la Via Catalana en 2013 y la fijación de fecha y pregunta para una consulta ciudadana en 2014.



Hacia una democracia sensible

No voy a proponer un modelo de Estado plurinacional, justificar la viabilidad de federalismo o abogar sin ambages por la independencia. Me propongo mostrar, en cambio, que pueden aprovecharse algunos aspectos del discurso del IEI para construir una propuesta nacionalista —da lo mismo ahora si es nacionalismo español, catalán o europeo— que constituya una profundización de los vínculos cívicos en contra el modelo de gobernabilidad neoliberal.

Acierta el IEI en detectar la importancia de los sentimientos en la creación de compromisos políticos. En este sentido Michaël Foessel habla de una «democracia sensible», expresión que pone sobre la mesa el valor de los afectos en la constitución del vínculo democrático. Se trata de saber de qué hablamos cuando hablamos de «vivir juntos»: sólo si nuestras instituciones se ven respaldadas por cierto tipo de emociones políticas conseguiremos que la estructura de la sociedad se mantenga estable y la ciudadanía comprometida.

En cierto modo, revisitamos el eterno debate entre estatalistas y cosmopolitas en relación al problema de la justicia global. La tradición conocida como nacionalismo liberal ofrece una tercera vía, puesto que, asumiendo que pueda existir un «nacionalismo débil» compatible con el liberalismo político, se considera que éste da buena respuesta a distintos problemas de las teorías cosmopolitas como los de la motivación política, la cohesión social o la delimitación de la sociedad política. En este sentido, pues, el IEI ofrece algunas pistas sobre cómo el nacionalismo, sin renunciar a su contenido emocional, puede compatibilizarse con el liberalismo.

Sin embargo, cualquier propuesta de este tipo debería ofrecer una narrativa menos privativa del lazo de pertenencia que la que propone el IEI y potenciar, en cambio, un lazo de pertenencia que requiera reciprocidad y publicidad: el amor cívico. Igualmente, debemos renunciar a la relación consumidor-producto propia del nacionalismo de consumo en favor de un patriotismo cívico centrado en la construcción colectiva de lo común: asumirlo no como un producto acabado sino como proceso dilatado. Se trata de rechazar en último término la aspiración a un ideal de normalidad democrática en favor de un planteamiento deliberativo que replante cíclica y colectivamente los objetivos comunitarios.



[Bibliografía básica, por orden de aparición: Béjar, H. *La dejación de España*; Foucault, M. *El nacimiento de la biopolítica*; Illouz, E. *La salvación del alma moderna*; Comaroff, John y Jean. *Etnicidad S.A*; Maffesoli, M. *El tiempo de las tribus*; Castañeira, Á. *La ideología del nacionalismo*; Fernández Porta, E. *Emocíonese así*; Camps, V (ed). *Democracia sin ciudadanos*; Foessel, M. *La privación de lo íntimo. Las representaciones políticas de los sentimientos*; Nussbaum, M. *Emociones políticas*; Delgado, L.E. *La nación singular. Fantasías de la normalidad democrática española*]